

UNAMUNO Y LA APUESTA DE PASCAL

I

La célebre *Apuesta* no ha dejado, desde su origen, de suscitar controversias, no sólo sobre el empleo que le estaba reservado en la *Apología*, sino en cuanto a su sentido mismo y a su valor. ¿Constituye o no un paso fideísta que tiende, en cierta manera, a eludir el obstáculo insuperable para la razón?

Todos tendemos a resolver este problema según nuestras concepciones personales. Ejemplo sorprendente es el de Miguel de Unamuno, cuyo juicio al respecto resulta más esclarecedor sobre él mismo que sobre Pascal, de quien ofrece simultáneamente una imagen que requiere, al parecer, cierta puntualización.

Lleno de simpatía por Pascal a quien lo acercan la piedad y la caridad cristianas, Unamuno se le aparta en el orden intelectual y, para respaldarse en él, en vez de subrayar las diferencias, tiende en cierto modo a atribuirle similitudes. Aplica este proceder a todo el pensamiento de Pascal y, particularmente, a la argumentación de la *Apuesta*.

Ha de recordarse la posición de Unamuno frente al problema de la certidumbre. Dicha posición, difusa en toda su obra, aparece más directamente manifiesta en *Mi religión*, en *El sentimiento trágico de la vida* y en *La agonía del cristianismo*; en este último libro, un capítulo, "La fe pascaliana", vuelve a un artículo consagrado a Pascal en 1923, en ocasión de su tricentenario.

Molesto por el carácter estrecho y formalista de los sistemas tradicionales, Unamuno procesa al racionalismo, al que acusa de no llegar al fondo de las cosas, de engendrar simples juegos verbales; identificándolo con la razón misma, le opone a ésta una desconfianza en toda materia y, especialmente, en materia religiosa. Tal rechazo se origina quizá porque Unamuno no cree poder encontrar en este dominio respuesta victoriosa al racionalismo incrédulo. De cualquier modo parece dejar de lado toda posibilidad de acuerdo entre la razón y la fe. Pero no lo exasperan menos la ortodoxia y cierta autoridad inte-

lectual exterior en las que ve, además, un sistema formalista y esclerosado, al mismo tiempo que una agresión a la libre espontaneidad de la conciencia.

¿Será necesario, en consecuencia, entregarse a un escepticismo negador? Unamuno piensa evitarlo por el sentimiento. Según él la exigencia de la vida es, en este punto, más poderosa que todo formalismo lógico. Llevamos en nosotros un deseo de inmortalidad incoercible e imperioso; él nos da el sentimiento de Dios. Sentimiento subjetivo que sólo se justifica por sí mismo y origina los valores individuales del hombre compelido a una lucha perpetua por su convicción vital. Es lo que Unamuno llama "el agonismo", el combate.

Pretende encontrar en Pascal esta concepción particularísima del combate por la fe y, sobre todo, pretende encontrarla en la argumentación de la *Apuesta*, de la que no hace exégesis crítica. Se limita a captar ciertos puntos para incorporarlos a su haber o más bien para solicitarlos y atraérselos.

II

Unamuno observa en primer término, para prevalecerse de ello, que Pascal parte de premisas agnósticas. Es cierto. Pascal dice en sustancia que no conoce de Dios ni su esencia (punto de acuerdo con el catolicismo más ortodoxo) ni su existencia siquiera, porque siendo Dios sin extensión, trasciende las nociones de las cuales nuestra alma, unida a nuestro cuerpo, no puede desprenderse. No es posible, por lo tanto, afirmar a Dios como conclusión de un razonamiento discursivo.

Se trata de saber el significado de esta concesión al agnosticismo. Pascal está seguro de conocer, por su fe, la existencia de Dios y de conocer, por "la gloria", es decir por la visión beatífica, su naturaleza. Manifiesta, sí, una certidumbre íntima no quebrantada. Con razón o sin ella, rechaza las "luces naturales" como incapaces de resolver y no como conduciendo a una negación. Opone, sin juzgarlos, al creyente y al incrédulo y aclara que la tesis negadora sería incapaz de ofrecer presunciones de superioridad. El abandono es, pues, muy parcial: Pascal se limita a usar un procedimiento táctico. Hay que aceptar al libertino en su nivel de pensamiento. Pascal lo dice en suma: incluso a partir de vuestras propias premisas, corresponde preocuparse por la fe, escuchar a los cristianos.

La *Apuesta* está en la lógica de este punto de mira, no sólo porque para el hombre "embarcado", negarse a apostar sería asimismo apostar, sino porque allí donde al proceso puramente especulativo no le es dable concluir, quedan, quizá, otras razones. Los cristianos proponen algunas: la vida de Jesús y su mensaje, la "fides ex auditu". Son los primeros en puntualizar el orden distinto de estas razones que desbordan el dominio racional y, por tanto, no están en condiciones de ser aceptadas por el libertino. Es necesario que éste admita,

para examinarlo, un nuevo modo de investigación y que salga, para esto, de la indiferencia. La *Apuesta* ha de avivar en él el deseo de llegar al fin y suscitará además una conducta purificadora, desprendiendo su espíritu del sordo empuje de las pasiones, abriéndolo verdaderamente, conduciéndolo a la disposición moral, única capaz de adquirir las verdades de cierto orden.

Pero cuando Pascal propone al libertino esta apuesta, no la necesita para sí, puesto que él está sólidamente instalado en una certidumbre sin la cual sería inexplicable su proyecto de apología. Su certidumbre se cuida demasiado poco, quizá, de la especulación metafísica pero se apoya, sin embargo, no sólo en el sentimiento sino en otras pruebas en las que la razón tiene aún un papel que representar: los motivos de credibilidad de la fe. El verdadero pensamiento de Pascal es, pues, diferente al agnosticismo que le atribuye Unamuno; esta concesión limitada y táctica no excluye de ninguna manera la apertura del espíritu, la esperanza implícita de una certidumbre que debe ser hallada; la apuesta, según él, no dispensa de la búsqueda, impulsa a continuarla sobre nuevas bases.

III

Para decidir al libertino a apostar, Pascal desarrolla un pensamiento que postula ciertas premisas. Una de ellas le es común con Unamuno: la aspiración interior y moral que menosprecia los bienes de la tierra para estimar el verdadero bien. La otra es un cálculo sobre las puestas y las apuestas con el objeto de descubrir cuál es la elección más ventajosa para el apostador.

Pascal saca provecho aquí de los estudios de cálculo de las probabilidades que había realizado anteriormente a pedido de su amigo Meré, aficionado al juego, por los cuales había codificado toda una "geometría del azar".

Unamuno califica de probabilismo la actitud de Pascal. No discute (ni examina) el valor intrínseco del razonamiento sistemático, sino la legitimidad de su empleo y el valor de su conclusión.

Toda apuesta es, a no dudarlo, actitud probabilista. El apostador debe admitir que su esperanza de ganancia es probable y, al mismo tiempo, por definición, incierta. El argumento de Pascal sería ilegítimo sólo si tendiera indebidamente a hacer aceptar como certidumbre lo que es nada más objeto de una opción, de una esperanza. En este sentido lo interpreta Unamuno. Es necesario ver cómo interpreta este probabilismo, al que condena, no sin refugiarse a veces en él.

En el capítulo "La fe pascaliana", Unamuno alega una carta de Ignacio de Loyola a sus primeros compañeros, que establece tres grados de obediencia. El primero consiste en ejecutar una orden. El segundo en hacer suya la voluntad del superior. El tercero, en someter el entendimiento mismo al del supe-

rior, en tener por verdadero lo que éste declara como tal, en vista a una perfecta obediencia de sí mismo. Actitud quizá admirable moralmente, pero peligrosa, hasta ilegítima intelectualmente, observa con razón Unamuno. (Notemos que no se trata de la adhesión al magisterio infalible de Pedro hablando en nombre de la Iglesia, sino de la simple afirmación de un superior cualquiera, y no en razón de un carisma que se le atribuyese, sino simplemente para ejercitar la virtud de la obediencia). Que tal sea o no el verdadero pensamiento de San Ignacio, así lo ve Unamuno. Y sobre este primer punto articula otro. Comenta la noción de opinión probable que, en sus *Provinciales*, Pascal reprocha ásperamente a los casuístas. Es suficiente, afirma, que un Doctor serio juzgue probable una opinión para que se la pueda aceptar con seguridad de conciencia. Así, este "Doctor serio" cobra autoridad, uno se somete a su juicio. Y Unamuno identifica esta actitud —por entero laxista— con el heroico tercer grado de obediencia (se ve, sin embargo, que la autoridad atribuida al Doctor y la autoridad reconocida al superior son de naturaleza enteramente distinta).

Volviendo a la *Apuesta*, Unamuno considera que Pascal cede en ella a un probabilismo que consistiría, a la vez, en admitir lo probable por cierto y en someter indebidamente la razón a una autoridad exterior. Esto obliga a examinar dos puntos.

¿Sumisión a una autoridad? ¿A cuál? Pascal, al final de la *Apuesta*, dice en sustancia al libertino: "pedí a Dios de rodillas, sometiéndole mi ser, que sometiera todo el vuestro". Es evidente que sólo se inclina aquí ante Dios. Y no se trata de una alienación del juicio. Se trata de la gracia divina que acude a traer al hombre el sostén que le es indispensable para pasar de las simples vistas del espíritu a la adhesión definitiva de toda persona (volveremos a esto más adelante).

Unamuno alega además algunos pensamientos que encontramos reunidos en el capítulo XIII de la edición Lafuma.¹ Ha de excluirse en primer término una lectura equivocada. Pascal escribe (La 332): "sumisión y uso de la razón en lo cual consiste el verdadero cristianismo". Tal es el texto adoptado por Lafuma después de una revisión cuidadosa del manuscrito. Ahora bien, la edición Brunschvicg, daba por error: "sumisión es uso de la razón" (BR 269). Unamuno, que ha leído, pues, la edición Brunschvicg, toma esta última versión y cree que Pascal quiso identificar razón y sumisión, cuando, precisamente, las distingue. El conjunto de este capítulo XIII aporta las explicaciones pertinentes. Pascal desarrolla su distinción: "Hay que saber dudar cuando es necesario, asegurar cuando es necesario, sometiéndose cuando es necesario" (BR 268, La 355). Añade: "No es raro que haya que reprender a la gente por demasiada docilidad..." (BR 254, La 372). Da el porqué de esta sumisión pedida a la

¹ Nuestras referencias han sido tomadas de la edición Brunschvicg minor (bajo el signo BR) y de la edición Luis Lafuma (Delmas 1952), bajo el signo La. La *Apuesta* lleva el número 239 en BR y el número 243 en La.

razón, afirmando a la vez sus límites y su dignidad: "El último paso de la razón consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepasan, ella es débil si no llega a reconocerlo. Si las cosas naturales la sobrepasan ¿qué no decir de las sobrenaturales?" (BR 267, La 373). En este punto Pascal mantiene la autonomía de la razón: "la razón no se sometería jamás si no juzgara que hay ocasiones en las cuales debe someterse. Justo es, pues, que se someta cuando ella juzga que debe someterse" (BR 270, La 359). Más aún: "nada hay tan conforme a la razón como esta negación de la razón" (BR 272, La 367).

Si hay autoridad, es la de Dios sólo, la de la garantía divina incluida en la Revelación. Pero Pascal respeta las etapas. Usa a veces el argumento de autoridad en las *Provinciales* porque entre sus adversarios y él, la fe cristiana es la base admitida en común. Pero sabe perfectamente que tal autoridad carecería de sentido para el libertino aún no convertido, que está todavía en el tiempo de la búsqueda, y no usa jamás el argumento de autoridad en su *Apología*. Un texto parece bien decisivo: "Es el consentimiento de vosotros mismos y la voz constante de vuestra razón y no la de los otros, lo que debe haceros creer" (BR 260, La 374). Así el hombre se somete únicamente a Dios y a la conciencia. Pascal respeta por entero en su interlocutor y en su propio pensamiento el valor y la autonomía de la razón.

Hacer de la apuesta un trámite subrepticio de lo probable a lo cierto, del deseo a la convicción, sería una tontería o una mala acción; opuestas ambas al agudo sentido crítico de Pascal y a su culto absoluto de la verdad. Unamuno afirma, además, que Pascal cede al sentimiento y al "querer creer" (el *will to believe*, de W. James). Volveremos a este punto. Anotemos solamente ahora que los motivos de apostar son extraídos de consideraciones racionales, en tanto que la apuesta permanece como una simple apuesta.

Sin embargo esta sospecha subyace en otras observaciones de Unamuno sobre la apuesta. Acusa a Pascal de "buscar la creencia en el hábito". A decir verdad esta palabra no figura en el texto de la *Apuesta*, aunque es dable inferirla de la marcha del razonamiento y Pascal, en la *Apología*, habla mucho del hábito y le atribuye gran importancia.

No solamente está en juego el hábito cuando Pascal dice al libertino, conmovido pero aún incierto: "trabajad para convenceros, no por la acrecentación de las pruebas sino por la disminución de las pasiones". Una cierta opción, una cierta esperanza van a inspirarle un estilo de vida más puro que lo liberará de las consideraciones del interés o de los vicios y lo ayudará a percibir los valores y verdades cristianas. En suma, cierto nivel moral es indispensable para una búsqueda sana. Hay que liberarse de las pesadeces del epicureísmo, decidirse a mirar desde un cierto ángulo.

Pero Pascal cuenta también con el hábito material. "Obtrad como aquellos que han llegado antes que vosotros a la fe... Es actuando como si creyeran, usando agua bendita, haciendo decir misas. Esto os hará creer naturalmen-

te...". Cabe preguntarse si todo creyente ha pasado en realidad por esto. Pero basta que Pascal proponga esta vía para que sea necesario justificarla. ¿Qué quiere decir, pues?

Pascal atribuye al hábito una función propia en la convicción. (Designa además dicha función con otros términos: costumbre, autómatas, máquina). Subraya que el hombre no es puro entendimiento sino un complejo y que la repetición habitual de los pensamientos y los actos imprime a nuestro ser una modificación que favorece el retorno maquinal, espontáneo, de tales pensamientos, tales actos. Habla además (BR 250, La 722) de lo "exterior" que es necesario unir a lo "interior" y en este pensamiento ofrece precisiones vecinas a las de la *Apuesta*: "ponerse de rodillas", "rezar con los labios". Sin embargo añade: "Aguardar el socorro de este exterior es ser supersticioso". Ahora bien, "superstición" significa en él toda ciencia injustificada. He aquí, pues, una primera condenación palmaria de una fe basada exclusivamente en el hábito. El mismo pensamiento añade que hay que tratar de "obtener de Dios", expresión elíptica que discrimina la parte de la gracia divina en la eclosión de una fe valedera.

Otro texto (BR 252, La 7) puntualiza además: "Somos autómatas tanto como espíritu... El instrumento de la persuasión no es la única demostración... La costumbre resuelve nuestras pruebas más fuertes y más crudas; inclina al autómatas que arrastra el espíritu sin que éste lo advierta". La verdadera solución no consiste en esta costumbre "de la que dependen tantos cristianos" y dependen también "turcos y paganos". Hay que recurrir a dicha costumbre únicamente "cuando el espíritu ha visto dónde está la verdad para abrevarse de ella".

Finalmente Pascal resume todos los aspectos de la cuestión en una fórmula definitiva: (BR 245, La 390) "Hay tres medios de creer, la razón, la costumbre y la inspiración. La religión cristiana, la única que posee la razón, no admite como verdaderos hijos a quienes creen sin inspiración. No significa esto que ella excluya la razón y la costumbre, al contrario. Pero hemos de abrir nuestro espíritu a las pruebas, confirmarnos en ellas por la costumbre, ofrecernos por las humillaciones a las inspiraciones, las únicas que pueden lograr el verdadero y saludable efecto...". La inspiración significa la parte de la gracia, socorro gratuito de Dios.

Así el hábito constituye nada más que uno de los elementos de la creencia y cuando Unamuno escribe en el capítulo XI de su *Sentimiento trágico de la vida*: "Es la conducta, la práctica, la que sirve de prueba a la doctrina, a la teoría", hace mal en citar allí a Pascal para respaldarse en él. Pascal no hubiera suscripto nunca esa fórmula. Nada hay de común para él entre una ayuda para la voluntad y una prueba válida para la razón. Si la función de la razón es a sus ojos insuficiente en la creencia, no deja de considerarla indispensable y rigurosa. Pascal no propone ninguna trampa.

IV

Hay más, Pascal, que escribía al vuelo pensamientos que no tuvo tiempo de retocar, presenta junto a redacciones perfectamente concluidas, páginas más o menos descuidadas donde la expresión es imprecisa; por consiguiente sólo se lo comprende bien si se conciertan todos sus textos y no sacando partido de un texto aislado. Alguna vez también, la conciencia de su fuerza lo impulsa al desafío, extrema la paradoja y deja pasar expresiones arriesgadas. Y Unamuno, siempre deseoso de afirmarse en Pascal, saca partido arbitrario de estos pasajes.

Pascal escribe: "No se creerá jamás con una creencia útil si Dios no inclina el corazón" (BR 284, La 730) y Unamuno comenta en "La fe pascaliana": "Este matemático... caña pensante... por quien Jesús hubo derramado tal gota de su sangre... buscaba una creencia útil que lo salvara de su razón. Y la buscaba en la sumisión y en el hábito".

Parece evidente que abusa de las palabras. ¿Por qué dar a "lo útil" el sentido de un subterfugio que permite suprimir la razón? Pascal había escrito además: "con una creencia útil y con fe", lo que aclara su intención. Se trata de que la fe sea un acto de toda la persona bajo el impulso de la gracia y cobrando valor religioso, mientras que una convicción que no interesa más que al entendimiento, se reduciría a un simple artículo de ciencia, desprovista de significación moral.

Una de las más célebres paradojas de Pascal es quizá aquella que figura en el final de la *Apuesta*: "Naturalmente esto os hará creer y os entontecerá... ¿Qué perderíais con eso?". Sabido es que los editores de Port-Royal no se atrevieron a publicar el término que conservó siempre cierto sabor de escándalo, para gozo de los adversarios, encantados de ver al mismo Pascal proporcionarles, aparentemente, un arma contra sí. Unamuno no podía dejar escapar tan hermosa ocasión de convertir a Pascal en su compañero y garantía: "Era él —dice en "La fe pascaliana"— quien dijo: "Cela vous abêtira" en un momento de desesperación agónica.

¿Cómo, pues, interpretar este "entontecéis"? Recordemos en primer lugar que el siglo XVII discutió largamente en pos de Descartes sobre el animal-máquina. El animal tiene comportamientos (sensibilidad-memoria) que parecen derivar de un principio pensante, *cogitans*. Ahora bien, la *res cogitans*, el espíritu, no existe en él. Es necesario, pues, admitir sustitutos de un orden puramente mecánico. Encontramos de nuevo aquí al autómatas y a la máquina de los que hablaba Pascal a propósito del hábito. La palabra tan reprochada a Pascal podría bien ser sólo una mención de su pensamiento precedentemente citado (BR 245, La 396): "confirmarse en ella por la costumbre", lo cual, lejos de excluirlo, postula que, en primer término, se hubiera "abierto el espíritu a las pruebas".

Parece también que, al emplear expresión tan áspera, Pascal hubiera cedido a una tentación de desafío y violencia frecuente en él. En la misma medida con que honra la razón verdadera, execra sus desviaciones y caricaturas, particularmente la suficiencia de los libertinos que se creían “espíritus fuertes”. Y es al libertino a quien se dirige aquí; su amistad no excluye el deseo de sacudirlo un poco. Pascal endilgó otras pullas a la razón: “Cállate, naturaleza imbecil. Humíllate, razón impotente”, pullas que no disminuyen en nada el respeto absoluto que profesa a la razón en su legítimo dominio.

Tal parece ser, por otra parte, el juicio del filósofo Brunschvicg, editor de Pascal, quien comenta la palabra en estos términos: “Pascal pide al libertino el sacrificio de una razón artificial, falsamente erigida en facultad de verdad absoluta... Entontecerse significa volver a la infancia para alcanzar las verdades superiores inaccesibles a la corta sabiduría de los semisabios” (op. cit., p. 441, nota).

Lucien Goldmann, sin embargo, al hablar de Pascal en su estudio *El Dios escondido* duda que la idea del animal-máquina de la explicación de “esto os entontecerá”. Señala que ningún texto de Pascal admite este animal-máquina y que, en cambio, existe uno cuyo sentido podría juzgarse contrario: “La máquina aritmética² produce efectos más semejantes al pensamiento que cuanto hacen los animales, pero no hace nada que permita afirmar que tiene voluntad como los animales” (BR 340, La 231).

Esta voluntad puede muy bien equivaler a mecanismo en el pensamiento de Pascal. El mismo Goldmann entiende de manera honorable el “entontecimiento”. Todo conocimiento, asevera, implica actividad y, una vez reconocida la necesidad intelectual de apostar, corresponde actuar en consecuencia; remite después al pensamiento: “somos autómatas tanto como espíritu”. Con lo cual volvemos a las consideraciones sobre el papel del autómeta.

Hacerse tonto significa, pues, hacerse “animal” en el sentido de automatismo; no significa, en absoluto, volverse ininteligente o gregario. A pesar de la rudeza de la expresión, lo que se nos propone no es sustituir el ejercicio del espíritu por el autómeta, sino añadir el socorro de dicho autómeta al ejercicio del espíritu. Pascal no desdeña los motivos de credibilidad.

V

Todas estas significaciones de detalle tienen una significación general que el mismo Unamuno destacó, resumiéndola, en un pasaje de “La fe pascaliana”: “Pascal no ha creído en la razón” y también: “no pudo jamás, aunque lo hubiera querido, llegar a creer con la razón”; su tragedia íntima consistía en “es-

² Se trata del aparato, inventado y fabricado por Pascal, antepasado de nuestras máquinas de sumar.

tar persuadido y no convencido" (así se origina el rodeo que constituye su llamado al corazón). No era eso "creer" sino "querer creer"; en el fondo, Pascal era uno de "los pirronianos que tanto combatió".

Pascal sería, pues, según esto, un apóstata de la razón. Pero estas afirmaciones son falsas.

A pesar de la dicha que encuentra en su vida religiosa, Pascal no está unido a su fervor por este único atractivo; lo está por el sentimiento de una certidumbre bien fundada. A cada instante su apología manifiesta esta firmeza, esta seguridad del juicio. Si insiste en "la miseria del hombre sin Dios", si comienza por mostrar amable o deseable a la religión, lo hace para combatir una pasión por otra, para preparar el terreno, para incitar a la búsqueda sacudiendo una engañosa quietud. (¿Acaso en nuestros días una civilización técnica y mercantil no entorpece aún más nuestra visión?). Nada de común entre esta actitud ciertamente voluntaria y el "querer-creer" que se crea como sucedáneo de certidumbre al rehusarse a las legítimas exigencias de la razón.

El abandono de las pruebas metafísicas tradicionales constituye únicamente el abandono de un método entre otros. Pascal no las utiliza, mas jamás negó su valor intrínseco. Se limitó a observar que en la vida habitual dichas pruebas eran poco convincentes ya que, al estar "demasiado alejadas del razonamiento de los hombres, impresionan poco" y, además, porque es difícil tenerlas siempre presentes. Más aún, las juzga insuficientes o hasta peligrosas cuando se trata de una fe real que nos vuelve verdaderamente hacia el Dios de los cristianos. Tales pruebas son capaces de engendrar el deísmo, pálida caricatura o imagen opuesta de aquella fe: "Qué gran distancia media entre conocer a Dios y amarlo" (BR 280, La 727). En todo caso Pascal recurre a otros métodos de demostración basados también en el ejercicio de la razón (Cf. BR 289, La 459). Es lo que llama en la *Apuesta* "ver el revés del juego". No hay en todo esto sombra alguna de pragmatismo.

Por fin, a pesar de varias burlas —cuyo sentido vimos ya— dirigidas a la razón, superabundan los textos en que Pascal glorifica esta facultad del hombre y reconoce sus exigencias: "el hombre es un junco pensador" (BR 347, La 391). "El pensamiento hace la grandeza del hombre" (BR 346, La 233). "La razón manda mucho más imperiosamente que un amo" (BR 345, La 377). Hemos aclarado que, en los casos en que Pascal invita a la razón a someterse, lo hace en nombre de motivos legítimos que ella misma reconoce. Enfrentada con realidades trascendentes, la razón puede y debe inclinarse ante la Revelación, cuyas garantías están, por lo demás, establecidas bajo su contralor.

VI

Se ignora el uso que hubiera hecho Pascal de su *Apuesta* en la *Apología*, de haber podido publicarla él mismo. Se ignora también si la hubiera retocado,

precisado. Sea lo que fuere y tal como está, dicha apuesta no se aparta del pensamiento general de Pascal y refleja sus preocupaciones y sus ideas dominantes: desdén de lo terreno, geometría del azar, el autómatas humano, el Dios escondido, el escepticismo táctico (extraído sin duda de Montaigne). Hasta refleja el temperamento moral de Pascal: pasión; fervor, con cierto asomo de desafío; espíritu a la vez fraternal e imperioso.

No resulta, pues, fuera de lugar sacar conclusiones sobre la *Apuesta* gracias a Pascal en general, ni sobre Pascal gracias a la *Apuesta*. Pero ni el uno ni la otra deben ser tachados de pragmatismo, de "querer-creer", de abandono de la razón.

Pascal propone su *Apuesta* al libertino como un trámite práctico y preparatorio que servirá de auxiliar en la búsqueda. No introduce en ella ni conclusión implícita ni afirmación arrancada por sorpresa. No tiene mayor importancia saber si Pascal la hubiera usado para sí mismo, pues no se trata, de ninguna manera, de un salto en el vacío al cual se vería finalmente obligado. De hecho, lo que se conoce de su biografía intelectual, no lo muestra en ningún momento en esa actitud.

Pascal no volcó en la *Apuesta* ni una prueba ni una pseudo prueba de las verdades propuestas a la fe. En cuanto a la razón, la estima altamente en su dominio propio; el sabio, el psicólogo y el apologista permanecen, por tanto, de acuerdo en él. Pascal no está dividido, descuartizado. Esta imagen romántica es falsa, aunque por desdicha es la imagen que de él da Unamuno: "un Pascal agnóstico, en ruptura con la razón, desgarrado, agónico". Lo pinta como lo han hecho los incrédulos notorios desde Voltaire a Goldmann. Lo hace por cierto con espíritu totalmente distinto: estos últimos, al rechazar la fe cristiana, tienen interés en descubrir al Apologista "en falta" a los ojos de la razón. Unamuno quiere y cree seguir su invitación a la fe pero reitera la imagen de los incrédulos y aporta así, sin quererlo, apoyo a su doctrina. Sorprende ver que retoma las acusaciones y, a veces, hasta el acento de esos incrédulos. Parece asociarse a este triunfo de los racionalistas contra Pascal, cuando lo que él quiere, en el fondo, es el triunfo de Pascal sobre la razón. Tiene palabras de adversario contra aquél de quien quiere hacerse un amigo.

Porque, en el fondo, quiere hacerlo su cómplice; poner la autoridad de Pascal al servicio de sus propias tesis, antirracionales, irracionales. Se complace en exagerar el conflicto entre la razón formal o especulativa y la realidad de lo "vital"; entre espíritu crítico y sentimiento. Querría arrastrar a Pascal a este desequilibrio, a esta ultranza y a la inquietud permanente que engendran. Pero Pascal, aunque haya rozado el fideísmo por momentos o en apariencia, nada tiene del fideísmo romántico, voluntarista y, en suma, impreciso de Unamuno. Allí donde Pascal —lo hemos visto— se limita a abandonar un método tradicional, Unamuno desafía a la razón misma, piensa y su pensamiento permanece

versátil e inseguro. Se lo siente angustiado e incómodo; con agresividad voluntaria, mientras Pascal manifiesta un espíritu firme, disciplinado, sereno.

De ahí una actitud diferente entre ambos, hasta cuando sus pensamientos se encuentran. A Unamuno le gusta oponer al Dios existente (ex-sistente, según la etimología), el Dios que él llama "in-sistente", sentido interiormente por una experiencia directa. Ahora bien, Pascal aparece durante toda su vida como muy sensible al Dios in-sistente: el *Memorial* y todos sus escritos de piedad están penetrados de El; pero no utiliza en su *Apología* este acercamiento a Dios que se adivina mas no entra en su argumentación. Porque para él, sin dejar de ser in-sistente, Dios es perfectamente ex-sistente y de este orden objetivo deriva el trámite de espíritu propuesto al libertino. El llamado a la experiencia subjetiva permanece, en los *Pensamientos*, secundario y subordinado.

Si Unamuno cree poder respaldarse en Pascal, es a causa de un malentendido. Aísla en Pascal los puntos que corresponden a su propia tendencia. No se puede decir en verdad que sea su discípulo. Su pensamiento no aparece como formado por él, antes bien, al encontrarlo tiende a hacer de él un aliado en beneficio de ideas que ya son las suyas. No tuvo en consideración la construcción de conjunto de la *Apología* ni la preocupación pascaliana por pruebas positivas (históricas, escriturarias).

Las reservas inevitables sobre las interpretaciones de Unamuno en lo que respecta a definir la marcha intelectual de Pascal, no deben impedir un justo homenaje a sus virtudes cristianas en las que se revela muy cercano a Pascal; lo amaba y admiraba en él una cualidad de alma que es también la suya. Hasta por el espíritu se parecen ambos a menudo: valentía, un cierto desafío, sentido agudo de lo real por sobre las teorías y los sistemas, visión realista de la condición humana. Se asemejan más aún por el fervor y la elevación de sus sentimientos. Ambos llevan el impulso religioso hasta un desdén, un tanto excesivo de lo temporal. A las libres visiones de Pascal en materia política y social, corresponde el capítulo VII de *La Agonía del Cristianismo*: "El supuesto cristianismo social". El progreso cívico, dice Unamuno, no es un itinerario del alma a Dios. Fórmula terminante para resolver una perpetua tensión del pensamiento cristiano. Tratan de mito el aspecto humano de la justicia, del progreso, de la civilización, en lugar de investigar en él la unión con el Evangelio. Después de todo, estas paradojas que pueden, en estos días de "horizontalismo", recordar útilmente la primacía de lo espiritual, no impiden que Pascal haya muerto en el renunciamiento voluntario de sus bienes en beneficio de "sus hermanos, los pobres", ni que Unamuno haya sabido adoptar actitudes políticas que lo condujeron al destierro.

Sus meditaciones íntimas, que figuran en el *Memorial*, en el *Misterio de Jesús* y en otras páginas de esta suerte de Pascal, y en Unamuno a lo largo de su *Diario Intimo*, de publicación reciente, atestiguan idéntica sed de Dios "la

cual desborda la pobre alegría de vivir”, dice Unamuno. Se los siente nutridos en los textos sagrados y litúrgicos. Ambos son maestros de oración, de caridad y de una humildad adquirida por asombrosa victoria sobre sí mismos. Ambos se encuentran en la generosidad y el compromiso. Es posible amar y admirar con el mismo corazón a estas dos almas fraternales.

ANDRÉ MONCHOUX

(Traducción de Mónica Jongewaard
de Boer)